

ra verdaderamente resucitado en mí para ellas! ¡Que tengo los ojos deslumbrados, el alma ebria, el corazón lleno de sensaciones! ¡Que he vivido más en esta tarde que en los veintitres años de mi vida, y que si Dios me hubiera hecho escoger entre un siglo á mi elección, sin ella, y el minuto en que ví á Regina adelantarse con el ramillete fúnebre en la mano hacía la piedra de mi hermana, después levantar su rostro hacia mí en un rayo de sol, no habría titubeado, amigo mío, hubiese tomado el minuto! ¡Contiene más delirio que una eternidad! ¡Adios, adios adios!»

Segunda carta

«Roma.

.
 »Guárdame estas cartas; serán un vestigio de mi vida, que corre ahora tan ligera, si no nos volvemos á ver.

»Desde que te escribí mi encuentro con la amiga de Clotilde, nos vemos todos los días dos veces. Por la mañana cuando todo reposa, durante la siesta del mediodía; en la Longara paso á una hora convenida bajo las ventanas de una alita desierta del convento que están encima de la puerta. Hay allí un

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

mirabel al cual el tiempo ha deteriorado una parte del enrejado de madera que impedía otras veces á las novicias ser apercibidas por los transeuntes cuando respiraban el fresco. Regina, que viene allí, sola y libremente por el corredor de su celda, ha abierto un poco, con sus hermosas manos, la brecha del enrejado. Ha hecho una verdadera guardillita, por donde pasa casi su cabeza, toda guarnecida de yedras y albohales entrelazados á aquél. Conoce mis pisadas, pasa su brazo por la abertura y deja caer un puñado de flores ó solamente una hoja seca, un grano de arena sobre mi cabeza; me paro, mira si lo he recogido; paso al otro lado de la calle, distingo sus bellos ojos abiertos, parecidos á dos urnas azules; además en la tapicería de flores trepadoras, entreveo sus cabellos dorados como los filamentos de una flor desconocida, nos miramos inmóviles, moviendo

solamente los labios, llenos de palabras mudas, de confidencias y sonrisas llevadas por el viento. Quedamos así hasta que una persiana importuna viene á abrirse en la fachada de alguna casa vecina, ó hasta que escucho el raro paso de un transeunte resonar en una de las extremidades de la calle. Entonces ella se retira, yo continúo mi camino, y entro en el palacio de mi padre con una provisión de embriaguez para todo el día.

»Por la noche, á la hora en que los romanos salen en carretela á los teatros, al «Corso,» á las «conversazioni,» donde no voy nunca, soy admitido por la tornera, como individuo de la familia, en el departamento de la princesa, que no sufre más que la mitad de las reglas claustrales. Encuentro á Regina que me aguarda bajo el cláustro, junto á la fuente; le beso las manos con el respeto de un extraño para una mujer, con la dul-

ce familiaridad de un hermano. Me conduce al pié del canapé de su abuela; hablamos en paz y en plena libertad ante aquella anciana señora, que parece rejuvenecer á nuestras locas alegrías de niños dichosos. Solamente arroja algunas veces una larga mirada de tristeza á Regina y á mí, después mira al reloj y parece pensar sin decírmelo: ¿Cuánto tiempo durará esta dicha? ¿Cuántas horas hay en dos años? Porque dentro de dos años será cuando el príncipe *** deba llevarse á su nieta hecha mujer suya.

»Cuando Regina se apercibe de esta inquietud y adivina el pensamiento de su abuela se levanta sobre las puntas de los piés y pára la aguja del reloj mirando á la condesa Livia. «No, no, dice con ese gesto encantador é italiano en los labios de una niña, no, abuela, no penséis en eso! ¡Os digo que eso no vendrá nunca! ¡Ese príncipe villano no

me hablará de ello; hace odiar mi nombre! ¡Soy Regina; no su princesa! ¡no lo seré nunca! Me burlo de sus «sbirri»; mi corazón me pertenece, se lo daré á quien yo quiera!» Y me mira con aire de inteligencia y sonriendo, ¡como si, en efecto, parando la aguja, la caprichosa hubiera parado el tiempo! . . .

.

 (Faltan aquí siete ú ocho cartas de Salustio, en las que me contaba las monótonas escenas de su felicidad y los desenvolvimientos de la pasión de los dos amantes.)

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Décima carta.

«Roma.

.....

»Conoces la quinta de Pamphili. Recordarás quizá que fuimos allí un día juntos en el mes de Abril, y que mirando á lo último de los grandes pinos la pendiente de césped que baja hacia la choza y que termina en el llano velado por las brumas, que atraviesan solamente los arcos amarillos de «travertin» (1) de los acueductos en ruinas,

(1) Piedra caliza que se encuentra en las cercanías de Tivoli. (N. del T.)

me decías: «¡Esto es demasiado bello para el hombre! ¡no existe más que el amor que sea digno de habitar aquí!

»¡Pues bien, profeta! eso no es demasiado bello; el amor ha ido allí y ha embellecido mil veces todavía aquellas escenas melancólicas de la ciudad que tú llamabas jardín de lo infinito!

»Hemos ido á menudo á la caída del sol en el Mediterráneo, mientras que los romanos y los extranjeros corren en el Corso entre dos muros que se forman de polvo. Como la princesa *** ha cesado de habitar en el convento, la condesa Livia no la pasea más que en lugares desiertos, por Albano, Tivoli, Frascati, por los monumentos, por los jardines de Diocleciano, por la tumba de Cecilia Metella, por el campo de Sabina; allí por todas partes donde no haya nadie más que ella y yo. Como soy poco conocido en

Roma, paso, cuando se nos encuentra, por un sobrino de la condesa Livia, llegado de Sicilia para servirla de apoyo. Mis cabellos negros y mis facciones del Mediodía hacen la versión verosímil.

»Esta misma noche hemos dejado á la anciana condesa y á la nodriza en la carretela, en el «bolingrin» (1) de la entrada de la quinta, y nos hemos internado, como de costumbre, Regina y yo, por las largas avenidas de laureles que descienden perdiéndose de vista desde la meseta de la ciudad hasta el valle. Eramos, á esa hora que los italianos encuentran peligrosa, los solos habitantes de aquellas vastas salas de verdura. Las largas murallas de sombras que forman los espesos setos de laureles entrelazados, los recodos de

(1) Llamán así los jardineros á las calles cubiertas de césped con ribete de boj ó de otra planta cualquiera, que se cortan á modo de tapias ó de otra forma para adorno de los jardines. (N. del T.)

los paseos, las estatuas de las fuentes, las perspectivas de mármol que interrumpen de distancia en distancia la uniformidad, nos escondían á todas las miradas. Estábamos sumergidos en aquel aislamiento y en aquella seguridad de la dicha que hace creer á dos seres que se aman, que son las únicas criaturas animadas, los únicos puntos sensibles de toda la naturaleza. Nos apresuramos á avanzar lo más lejos posible en los laberintos, para que ningún otro ojo que los del firmamento, las estrellas que iban á elevarse, pudieran caer sobre nosotros. Regina cogía en los céspedes flores de otoño y venía á entregármelas en haces para llevarlas al carruaje y embalsamar, por la noche, la terraza de su habitación. Mis manos estaban llenas. Corría delante de mí; hacía volar los mirlos ya dormidos que atravesaban los paseos, silbando y rozando sus manos extendidas, con

sus alas azules. Los tintes rosados de los vapores de la tarde que flotaban en el horizonte del lado del mar, reflejábanse en su frente, su cuello, sus manos, como un afeite celeste vertido de lo alto del cielo sobre la más divina forma de la naturaleza. Sus cabellos, que elevaba y se desataban sin cesar por la corrida, volvían á caer en trenzas empapadas de rocío en sus mejillas y espaldas. Hubiérase dicho que salía de uno de aquellos baños de Diana, cuyas ondas murmuraban á sus piés. Jamás la había visto tan hermosa, y jamás, sin duda alguna estos jardines habían sido hollados por una más ardiente imagen de la alegría, de la juventud y del amor. No comprendía, mirándola, que el dolor osase jamás arrojar su sombra sobre frente semejante. Me parecía inviolable á la desgracia como á la muerte.

»Cuando estaba cansada, se suspendía por

sus dos manos á mi brazo, ya cargado de flores, y se apoyaba en él exagerando el ligero peso de su cuerpo para hacerme sentir mejor que estaba allí, y para sentir el apoyo que yo la prestaba. Se divertía en arrastrar por momentos sus piés, como si hubiese estado demasiado sofocada para andar de prisa; después, de repente abandonaba mi brazo con estrépitos de dulce alegría y de desafíos para alcanzarla, y lanzábase saltando ante mí por la arena de las avenidas.

»Más tarde se dejaba adelantar, y me rogaba entonces, fingiendo enfadarse, que la esperara. Luego se acercaba, con las manos unidas, en actitud de languidez que despertaba, mirándome y pareciendo como que rodaba alguna imagen importuna en su pensamiento. A continuación levantaba y sacudía repentinamente la cabeza con un movimiento de arrebató y de impaciencia, y gritaba:

—¡No! ¡no quiero pensar en ello! ¡Salustio, tenemos dos años delante de nosotros!

—»¡Pero comprende—la decía yo,—lo que será para nosotros la vida separados, después de dos años de esta felicidad sobrehumana!

—»Hay una Clotilde en el cielo,—me respondía entonces mostrándome con el dedo una de las estrellas que comenzaban á verse salir en el firmamento, entre las anchas sombrillas verdes de los pinos de Italia.—La que nos ha reunido sabrá protegernos bien todavía.

»¿Piensas en lo que debe ser para mí la soledad del palacio de mi padre después de las noches pasadas así? ¡Oh! ¿Por qué, si Clotilde debía proteger este amor, ha dejado interponerse, entre su amiga y su hermano, la sombra amenazadora de ese hombre, que reclamará un día, en nombre de la ley, lo que

el corazón y la voluntad no le han dado nunca?

»El príncipe,*** en este momento, no vive en Roma. Viaja por Inglaterra y América para estudiar las mejoras agrícolas que tiene que introducir en sus dominios del estado romano.»

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Decimatercera carta.

«Roma.

»Los días y los meses pasan, y nada ha cambiado en mi dicha. Hé ahí por qué te he escrito tan pocas veces; tengo miedo de hastiarte de felicidad. Vivo desde hace algunas semanas en la misma casa que Regina y su abuela en Tívoli.

»Los médicos han aconsejado á la condesa Livia respirar, para fortalecerse, el aire puro y vivo de las colinas. Ha alquilado por algunos días el palacio*** en Tívoli. Hasta me ha permitido alquilar un cuartito enci-

ma del suyo en el mismo palacio. Desde mi ventana, veo el balcón de Regina, donde su abuela se sienta á la sombra todo el día, desde que el sol ha dado la vuelta al ángulo del palacio. Conoces á Tívoli. Estamos en el último grado de la colina, dominando el templo de Sibila, las grutas, las pequeñas cascadas, y el valle ¡donde el murmullo y el humo de las aguas se elevan confundidos con los arco iris envueltos en los vapores! ¡Era necesario esta locura más para dar el vértigo eterno á nuestras almas?

»Veo desde aquí la explanada opuesta al otro lado del valle de las aguas, con las encinas, las rocas grises entrelazadas de higueras, y la ermita de los franciscanos, que en otro tiempo fué la casa de Horacio, y en donde tú escribiste un día tus primeros versos! Este recuerdo de ti, en medio de mi felicidad, la completa. Me figuro que estás allí

todavía, mirándome y regocijándote conmigo de lo que la fortuna me ha dado por teatro de mi amor, una de las más divinas mansiones de la tierra. Cuando el alma está llena, tiene necesidad de extenderse á su alrededor, en una naturaleza tan espléndida como sus pensamientos. La naturaleza es la decoración de la vida. Vida más dichosa, decoración más bella, ¡nunca!»

Decimacuarta carta.

«Roma.

» La dicha era demasiado completa para ser duradera... Lo que me hace falta ahora es tu compasión. La condesa Livia ha recibido del gobernador la orden de volver á Roma, observar la vida enclaustrada en el convento con su nieta, ó dejarla sola en el mismo hasta el regreso del príncipe***, que reclamará á su mujer. Esto es á causa de los amigos del príncipe que han sido informados y se han quejado de las atenciones de un extraño en la familia. Las órdenes del

Gobierno son aquí absolutas; ha sido preciso obedecer. La condesa ha dejado á Tívoli; ha vuelto á entrar en su palacio de Roma, con el fin de tener la libertad de reclamar y hacer obrar á sus amigos junto al gobernador. Regina ha quedado sola con la nodriza en el recinto del convento. Yo partí ostensiblemente hacia Florencia, según sus consejos, para quitar todo pretexto de acusación y reclusión contra Regina y la condesa. Pero llegado á Terni, he hecho proseguir de noche á mi carretela el camino; un joven napolitano, amigo mío, que va á París, ha ocupado mi lugar. Yo he vuelto solo y bajo otro nombre á Roma. No he entrado en la ciudad, para que mi palacio vacío engañe la vigilancia del gobernador: vivo escondido en una casa, de jardinero, fuera de las murallas, al lado de San Pablo, sobre un camino de travesía, en casa del hermano de la nodriza.

de Regina. Tengo un cuarto cuya ventana se abre al campo, y que me permite alegrar la vista en el jardín, en los prados, sin ser visto desde el camino. Tengo libros, papel, armas; no salgo más que por la noche, envuelto en una de esas grandes capas oscuras que cubren á los aldeanos romanos, con un sombrero de ala ancha. Se me confunde á la puerta de Roma con los comerciantes de bueyes de Sabina ó con los viñadores de Velletri; entro y salgo sin sospechas, para ir á deslizarme bajo los muros de Longara. A una señal de mis zapatos herrados, sobre el suelo, una luz brilla á través del enrejado de madera, una mano pasa, un hilo armado con un gancho de plomo descende junto al muro: cojo de él un billete de Regina, suspendo otro mío, escuchó un suspiro ó mi nombre pronunciado en voz baja, cubro de besos el papel antes de dejarle subir, me alejo al me-

nor ruido, llevo mi tesoro, le leo á la claridad de la luna ó de las lámparas que arden en los nichos de las «madonas,» vuelvo á salir por otra puerta de Roma, vuelvo á ganar á través de los campos mi asilo, paso la noche y el día en leer, estudiar é interpretar las cartas de Regina. El príncipe***, dice, está en camino para volver á Italia. Su abuela pasa su vida en zozobras y lágrimas. Se halla decidida á protestar contra el consentimiento imprevisto que ha dado á aquella unión, bajo el imperio de la dominación y del miedo. Se prestará á todo para impedir la desgracia y el rapto de su hijita. Ha puesto en su interés, á fuerza de dinero y súplicas, una parte de la familia y personas influyentes con el gobernador. La opinión está dividida. Se quejará, se arrojará á los pies del cardenal***. Ha tomado horror al tutor de Regina y al príncipe***. Regina jura, en

todas sus cartas, que se refugiará antes en la tumba de Clotilde que dejarse llevar por un hombre que su corazón rechaza, y por coger una vida que me ha dado antes de haberme conocido. Las cosas se hallan de este modo, no podrán durar así mucho tiempo.

»¡Oh! ¡que no estés aquí para aconsejarme y llevarme quizá! Siento que voy á jugar mil veces más que mi vida: ¡la vida y la reputación de Regina! ¡Pero no tengo para consejo más que el delirio que poseo noche y día! ¡Ah! ¡vienen días en que el delirio es la sola inspiración posible!

»Te escribiré antes de pocos días, si estoy todavía libre ó vivo.»

.

